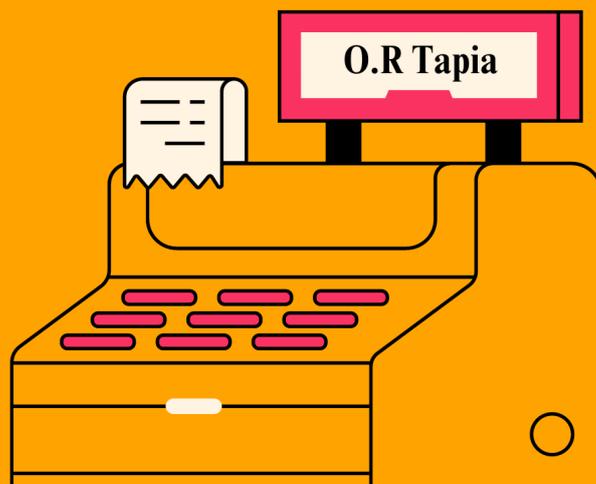


El chambeador

Orlando Tapia

El Chambeador



Capítulo 1

Se alistaba para ir al trabajo temprano, y cuando llegaba al minimercado empezaba a ordenar los estantes mientras los del turno anterior se despedían.

Tenía él un extraño sentido de pertenencia al que sus jefes incitaban con la frase "ponerse la camiseta", tanto que sus amigos ya le apodaban en broma Sergio el chambeador, por esa respuesta tan típica de él cuando lo invitaban a pasar un tiempo con ellos entre semana, —no puedo, mañana tengo chamba, ahí para la otra— les decía sin dudarlos. No importaba si quien lo invitaba era Marco, Juan, o Luis, su mejor amigo desde la secundaria, el trabajo, la "chamba", era lo primero.

Sergio llegaba por las tardes a su casa, enaltecido por la meritocracia de la productividad. Su madre, orgullosa de verlo trabajar con tanto ahínco, lo esperaba haciendo algo para comer, y su hermana los acompañaba en el comedor cuando la comida estaba lista.

—¿Cuándo vas a conseguir un trabajo tú?— le decía a su hermana Mariela últimamente, a lo que ella contestaba cansada que, no pensaba trabajar mientras estuviera estudiando la preparatoria. Él, replicando siempre con la máxima "El trabajo dignifica" exasperaba en extremo a Mariela, más dedicada a las artes que a las preocupaciones más básicas de la vida adulta.

Al día siguiente de la riña habitual con Mariela, Sergio se levantaba como siempre puntual a las 5 de la mañana para alistarse e ir al trabajo. Era jueves, el día de pago se acercaba y eso lo emocionaba, porque los 2,200 pesos eran más que necesarios para holgar un poco las cuentas de la semana, nada había sido sencillo desde que faltaba su papá, y tenía muy poco ahorrado, pero esos Nike air que llevaba puestos valieron completamente la pena.

Llegó al trabajo en la tienda mientras que los del turno anterior terminaban de encargarse de algunas cosas. Les dijo que no se preocuparan y se fueran ya a descansar, él terminaría lo poco que faltaba.

El turno fue en extremo tranquilo, apenas algunas personas habían comprado, y el fondo de la caja registradora se conformaba en su mayoría

por el dinero preparado para dar cambio.

Sergio desempolvó su área de trabajo con calma, hasta que pasó por la puerta ese hombre de postura rígida y andar ansioso. El extraño se paseó nervioso entre los pasillos, realmente sin ver mucho los productos, en un horrible intento por disimular el nervio. Terminó por dirigirse hacia la caja, hacia Sergio, entre pasos, pasos firmes que le generaban la tensión distendida con el grito a través del cubrebocas del ahora asaltante de sudadera gris:

—A ver, cabrón, cáete con la lana, pero ya— le dijo gritando con firmeza. Y Sergio, envalentonado por su sentido de pertenencia al local que pagaba sus gustos, se negó sin decir ni una palabra. El asaltante, con extraña paciencia, sacó del bolsillo de la sudadera un arma, y apuntó al cajero diciéndole —Vete a la esquina de allá, y date la vuelta—.

Ahora entendiendo mejor su situación, Sergio se aterró y poniendo las manos hacia al frente en un gesto de clemencia terminó por acatar las órdenes. Se quedó parado en la esquina directa a la que se iba para salir del mostrador, y poco después de darse la vuelta sintió al hombre pasar justo al lado de él con cierta prisa, directamente hacia la registradora.

El cajero de espaldas al asaltante estaba en una situación en extremo delicada, sin necesidad de atarlo, él ya estaba amordazado.

Si volteaba podrían dispararle, pero se sentía un inútil si no intentaba hacer algo para proteger al local, su empleo. Entonces, tenía que saber cuando el hombre armado no estaba observándolo, ahí él tendría su oportunidad para escapar y pedir ayuda.

Sergio atado por el miedo, frente a la máquina de Andatti, aspiró el ligero vapor del café negro. Dando un pasito hacia atrás, y girando casi nada el torso y cuello, pudo ver estirando los ojos el espejo convexo al fondo de la pequeña tienda, y en él a alguien en la registradora abierta.

Con la imagen del espejo interpretó los ruidos ya claros del encapuchado, que se ponía nervioso a sus espaldas por no encontrar más que el fondo de caja en la registradora. El hombre tomó de la registradora las llaves que por descuido estaban siempre insertas, y abrió el aparador de la electrónica, empezando a recoger los teléfonos.

Sergio vio de reojo cómo el ladrón lo observó. Esperando un grito, o algo peor, recibió una orden:

—Tus tenis, quítatelos y ponlos a un lado— y así lo hizo, sintiendo el piso helado en sus pies apenas cubiertos por calcetines, el izquierdo con un

agujero en el talón.

—Pobre de ti, pendejo, si te volteas— le dijo el hombre mientras terminaba de poner los electrónicos en una mochila delgada, dándole la espalda a Sergio, que seguía viendo disimulado por el espejo. Con el cuerpo entero hecho nudo por la presión, recogió con cuidado sus zapatos, y cuando los tenía ya en la mano, se volteó. El asaltante, todavía dándole la espalda, estaba llenando la mochila con cables, cargadores y memorias. El arma estaba al lado de la registradora.

Logró recomponerse en valentía por la imagen de la pistola fuera de las manos del criminal distraído, y con los zapatos en la mano echó a correr en dirección a la salida.

Su intento se frustró por chocar en seco con la puerta que decía "jale", y en su desesperación intentó forcejear. El asaltante a su derecha ya había tomado el arma cuando presintió que había empezado a moverse, y mientras Sergio se movía a la puerta marcada como "empuje" para escapar, el otro apuntó, y disparó.

Sergio tensó el cuerpo entero sin ser capaz de saber qué pasaba, los zapatos cayeron de sus manos, y luego se desplomó golpeando la puerta y el suelo.

En el piso sujetó con los dedos temblando su cuello desgarrado por la bala, ahogándose con su sangre, arrepentido de no quedarse de frente a la máquina de Andatti.

Incrédulo, murió, con el plato que lo esperaba en casa enfriándose horas después, y sin oportunidad de hacer rabiar una vez más a su hermana diciéndole que el trabajo dignifica, y que ella, igual que él (y ahora en su lugar) debería conseguir chambita en cualquier sitio, para con ella sustentar una mesa a la que ya le faltan dos patas.